

Ensayo: La ética en el *Tractatus* y la *Conferencia sobre ética* de Wittgenstein

Jonathan Alberto Guzmán Díaz ¹

¹ Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Ciudad de México, México

E-mail: cerbalzack@hotmail.com

Resumen: El objetivo de este ensayo es precisar la relación entre la ética del *Tractatus logico-philosophicus* y la *Conferencia sobre ética* (1929-1930) de Wittgenstein. El punto de partida es la investigación de Javier Sádaba en *Lenguaje, Magia y Metafísica (El otro Wittgenstein)*. De esta manera, la interpretación propuesta ahonda en temas como el silencio, la mística y el sentido de la vida; temas clave en ambas obras wittgensteinianas.

Palabras clave: Ética, lenguaje, mística, mundo, lo inexpresable, el significado de la vida.

Abstract: The aim of this essay is to specify the relationships between the ethics of *Tractatus logico-philosophicus* and the *Lecture on Ethics* (1929-1930) of Wittgenstein. The basis is the research of Javier Sádaba in *Lenguaje, Magia y Metafísica (El otro Wittgenstein)*. In this way, the proposed interpretation delve into topics like silence, mystic and the meaning of the life; key topics in both wittgensteinian works.

Keywords: Ethics, language, mystic, world, the inexpressible, the meaning of life.

Introducción

La filosofía de Wittgenstein es un lugar común para la filosofía contemporánea; no sólo por el esfuerzo de novedad en la manera de pensar y de tratar con el lenguaje, sino por la crítica que hace a la tradición metafísica de la modernidad, la cual se construye con los conceptos de sujeto y razón.

El *Tractatus* es una obra que no trata de edificar un sistema o doctrina, sino elucidar lo que se puede decir con sentido dentro del lenguaje y lo que no se puede decir dentro del lenguaje. El primer Wittgenstein plantea, a partir del análisis del lenguaje, un rechazo explícito a la filosofía entendida como doctrina, sistema o ciencia; de esta manera, la filosofía toma el papel de terapia del lenguaje que, en última instancia, es una negación de sí misma, a saber: que todo lo que se puede decir con sentido no está en el ámbito de lo que se denomina filosofía.

En esta línea, una de las tareas del *Tractatus* es mostrar que los problemas que se plantea la filosofía son consecuencia de no conocer la naturaleza del lenguaje; así, al entender cómo funciona el lenguaje, los problemas filosóficos se desvanecerán como pseudo-problemas estructurados con proposiciones absurdas. De esta manera, Wittgenstein dice en el *Tractatus*:

La mayor parte de las proposiciones e interrogantes que se han escrito sobre cuestiones filosóficas no son falsas, sino absurdas. De ahí que no podamos dar respuesta en absoluto a interrogantes de este tipo, sino sólo constatar su condición de absurdos. La mayor parte de los interrogantes y proposiciones de los filósofos estriban en nuestra falta de comprensión de nuestra lógica lingüística. (Wittgenstein, trad. en 1987: 4.003).

Wittgenstein sostiene que los problemas filosóficos, i.e., la metafísica en general que se plantea la naturaleza del alma, de la libertad, del mundo, de lo bello y de lo bueno, es consecuencia de una incompreensión de la esencia del lenguaje. El lenguaje tiene la función de representar los hechos que acontecen en el mundo; y todo intento de hablar de algo fuera de los hechos del mundo no es más que absurdos sin significado. Así, la crítica que Wittgenstein realiza a la filosofía parte del análisis del lenguaje, y por esta razón el *Tractatus* ocupa un lugar principal en la tradición analítica a partir del Círculo de Viena.

Sin embargo, recientes interpretaciones del *Tractatus* —Sádaba (1984), Tomasini Bassols (2012)— muestran que la preocupación de Wittgenstein no es principalmente el análisis lógico del lenguaje, sino aquello que por rebasar los límites del lenguaje es lo verdaderamente importante, a saber, la

ética y la religión. De este modo, la crítica a la filosofía, y en específico a las teorías éticas, no solamente se enfatiza en la falta de comprensión de la lógica lingüística, sino en que los filósofos han querido hablar de lo que no se puede hablar, y por ello han creado confusiones, enigmas, en la dimensión de la ética y del sentido de la vida. Lo bueno y lo bello no consisten en conceptos que necesiten de una definición, ya que tanto lo bueno como lo bello están más allá de lo que se puede decir con significado dentro del lenguaje y del mundo, por lo tanto, lo ético y lo estético sólo se *muestran*. No son algo pensable, lógico, sino que se manifiestan en los límites del lenguaje; y cualquier doctrina o teoría filosófica acerca de lo que rebasa el mundo es simplemente absurda, una confusión resultado de la mala comprensión del lenguaje.

Ahora bien, los problemas que inmediatamente surgen son los siguientes: ¿Cuál es el estatus del *Tractatus*? ¿Cuál es el significado de la proposición 6.54 donde se utiliza la metáfora de la escalera? ¿Cómo es que proposiciones absurdas pueden delimitarnos el sentido, lo pensable, y asimismo lo propiamente inexpresable?

El mundo como hechos y el mundo como vida

En el *Tractatus*, pensamiento-lenguaje-mundo tienen una idéntica estructura lógica, por ende, resulta imposible separar la estructura lógica del lenguaje respecto a la estructura lógica del pensamiento y del mundo.

Ahora bien, en el *Tractatus* hay dos maneras de entender el mundo. Por un lado, desde la senda del significado, y por el otro desde la ética. En primer lugar, mundo es el conjunto de hechos, de estados de cosas, los cuales se representan en el lenguaje en tanto que proposición. Todo lo que se puede decir con sentido en el lenguaje trata acerca de los hechos, de los acontecimientos dentro del mundo. Así, las proposiciones describen los hechos puesto que la lógica inherente al mundo es idéntica a la del pensamiento y la del lenguaje: la proposición es el signo del pensamiento que figura un estado de cosas.

De esta manera, el lenguaje es una representación del mundo en tanto que hechos. El lenguaje describe el cómo suceden los hechos, las interrelaciones lógico-ontológicas de los estados de cosas. Pensamiento, lenguaje y mundo conforman todo lo que tiene significado, lo expresable, fuera de lo cual está el sinsentido, lo inexpresable, lo impensable. Sin embargo, hay que subrayar que para Wittgenstein el sentido se encuentra en el ámbito de la proposición cuya estructura lógica, compuesta de nombres y partículas lingüísticas elementales, es idéntica a la forma del pensamiento y al mundo entendido como hechos. De esta manera, lo que se puede decir claramente —con sentido— está tanto en el ámbito de lo pensable como en el ámbito del mundo.

La primera manera de entender el mundo expuesta en el *Tractatus* se ejemplifica en las primeras proposiciones: “El mundo es todo lo que es el caso” (Wittgenstein, trad. en 1987: 1). “El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas” (Wittgenstein, trad. en 1987: 1.1). “Los hechos en el espacio lógico son el mundo” (Wittgenstein, trad. en 1987: 1.13). “El mundo se descompone en hechos” (Wittgenstein, trad. en 1987: 1.2). En estas proposiciones se clarifica perfectamente que el mundo es la totalidad de los hechos en el espacio lógico, es decir, el mundo tiene una estructura lógica que se representa en las proposiciones, donde las proposiciones son un signo de las figuras de los hechos proyectados en el pensamiento.

La segunda manera de entender el mundo en el *Tractatus* se expresa en la siguiente proposición: “Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo” (Wittgenstein, trad. en 1987: 5.6). La interpretación de esta proposición implica, por un lado, que los límites del lenguaje —entendido en su naturaleza lógica— son los límites de lo que se puede decir acerca del mundo; por otro lado, se debe hacer énfasis en *mi mundo* lo cual implica que existe un *yo* que utiliza un lenguaje que delimita su mundo: “El mundo y la vida son una y la misma cosa” (Wittgenstein, trad. en 1987: 5.621), y a continuación: “Yo soy mi mundo. (El microcosmos.)” (Wittgenstein, trad. en 1987: 5.63). Así, el mundo ya no es una totalidad de hechos, de relaciones de estados de cosas, sino que el mundo es de un *yo*, de un sujeto. Sin embargo, este sujeto no está en el mundo de los hechos, más bien es condición del mundo. El mundo como totalidad es la vida de un *yo* inexpresable, que es límite del mundo en tanto que hechos, y para *quien* el mundo es una totalidad, un todo.

De esta manera, el mundo es una totalidad de hechos en el espacio-tiempo lógico y, a su vez, es una totalidad para un *yo* que, por decirlo así, está más allá —o “*más acá*” (Sádaba, 1984)— del mundo en tanto que hechos; pues el *yo* no es una cosa dentro del mundo, sino que es el límite del mundo. Límite (el *yo*) que no se enfrenta al mundo fragmentado en hechos, sino en cuanto totalidad, y por esta razón mundo y vida son una y la misma cosa.

En el *Tractatus* se traza una línea entre el sentido y el sinsentido, entre lo expresable y lo inexpresable, lo decible y lo indecible; de tal modo que, por una parte, hay una relación de identidad lógica entre lenguaje-pensamiento-mundo; y, por otra parte, una relación entre el *yo*, sujeto metafísico que es inexpresable, y el mundo, ya no como una totalidad de hechos, más bien como totalidad —la vida— para un *yo*. Un *yo* del que no es posible decir nada excepto que es el límite del mundo.

El *Tractatus*, la ética y lo bueno

La ética en el *Tractatus* se elabora a partir de algunos conceptos cuya línea argumental culmina en la proposición 7. El primer concepto es el de valor: “Todas las proposiciones valen lo mismo” (Wittgenstein, trad. en 1987: 6.4); e inmediatamente:

El sentido del mundo tiene que residir fuera de él. En el mundo todo es como es y todo sucede como sucede; *en él* no hay valor alguno, y si lo hubiera carecería de valor.

Si hay un valor que tenga valor ha de residir fuera de todo suceder y ser-así. Porque todo suceder y ser-así son casuales. (Wittgenstein, trad. en 1987: 6.41).

La proposición 6.4 traza una línea entre valor relativo y valor absoluto, entendiendo por valor absoluto el sentido del mundo. Decir que todas las proposiciones que describen los hechos tienen un mismo valor es lo mismo que decir que no tienen ningún valor, esto es, que lo importante de la vida está fuera de las proposiciones. Las proposiciones representan estados de cosas y las relaciones entre aquellas; por eso, es ajeno a las proposiciones decir que algo vale más que lo otro, pues todo se reduce a hechos. En cambio, el sentido del mundo, a saber, que el mundo sea, se encuentra fuera de los hechos puesto que el valor absoluto del mundo no es un acaecimiento; más bien, el sentido del mundo es que el mundo existe, sea como sea. De esta manera, el *cómo* sea el mundo —lo que hace la ciencia al describir los hechos— no es lo que preocupa al Wittgenstein del *Tractatus*; sino *que* el mundo sea: “No *cómo* sea el mundo es lo místico sino *que* sea” (Wittgenstein, trad. en 1987: 6.44).

Desde esta postura, la ética no es aquella disciplina de la filosofía que estudia las acciones dentro del mundo y que establece leyes que posibilitan vivir en tranquilidad con los otros; más bien, la ética es el sentido del mundo, el valor absoluto del mundo, que consiste precisamente en que el mundo sea como es. Y el sentido del mundo no es expresable en el lenguaje ya que el sentido está fuera del mundo, quebranta los límites del lenguaje, es inexpresable, sólo se *muestra*.

Ahora bien, la ética que Wittgenstein esboza en el *Tractatus* se estructura con los conceptos de *yo* y voluntad. La voluntad es algo que pertenece al *yo*, es la actitud del *yo* frente a la vida, al mundo en cuanto totalidad, en cuanto valor absoluto; pero el *yo* es un límite del mundo, y por ende del lenguaje, que es inexpresable. De este modo la voluntad no es respecto a los hechos sino a la vida. La voluntad del *yo* es lo que define lo bueno y lo malo, lo feliz y lo infeliz, puesto que consiste en afrontar el mundo tal como es, ya que lo bueno es que el mundo sea y que el *yo* tenga por objeto no a los hechos, sino al mundo en su totalidad. Respecto a lo anterior, Sádaba comenta:

Ahora bien, y esto es decisivo, la diferencia entre lo bueno y lo malo tiene lugar en lo que atañe a los límites del mundo y no —lo venimos repitiendo *ad nauseam*— respecto a alguna de sus partes. Y es que si el *yo* limita con el mundo como un todo, es en relación a ese todo como se puede ser bueno o malo [...] Mi acción buena o mala, por tanto, hace que el mundo, como un todo, signifique algo para mí. Soy, en suma, bueno cuando estoy a la altura del mundo como *un todo*, a la altura, sencillamente, del mundo, sea este lo que sea. Y quien a esa altura llega es feliz. (Sádaba, 1984: 37).

Así, la ética del *Tractatus* no trata de definir lo bueno, la felicidad, el valor, el sentido de la vida y del mundo, el yo o la voluntad, puesto que definir estos conceptos es absurdo en tanto que se topa con los límites del lenguaje, del mundo y de lo pensable. Lo ético consiste en que el mundo sea; que el yo esté a la altura del mundo a pesar de todas las miserias que acontecen. En suma, la felicidad implica identificar la voluntad con el sentido del mundo. Lo problemático es que la ética es inexpresable ya que solamente se muestra; y al fin de cuentas, todo lo que se diga de ella es un sinsentido, un absurdo en la trama del lenguaje.

El *Tractatus* termina con la siguiente proposición: “De lo que no se puede hablar hay que callar” (Wittgenstein, trad. en 1987: 7). El contenido de esta proposición es el silencio. Ahora bien, ¿qué tipo de silencio es aquel que se propone en la proposición 7? Sin duda, la exégesis en lo referente a este punto se abre a diversas perspectivas; sin embargo, la postura que se plantea en este trabajo estriba en que la ética es lo inexpresable, aquello que no se capta con un esfuerzo intelectual, sino que se muestra en los límites del lenguaje. Pero que el silencio se muestre en el lenguaje no implica que se deje tematizar con el lenguaje, puesto que la ética, la estética, lo bueno y lo bello, están en el ámbito de lo místico. Y lo místico es aquello de lo cual no se puede hablar sin caer en un absurdo, en el sinsentido, y que en lo esencial se escapa a todas las proposiciones que conforman el lenguaje.

La ética y lo bueno en la *Conferencia sobre ética*

En este apartado se lleva a cabo una exposición del objeto de la ética en la *Conferencia sobre ética*, esto con la finalidad de establecer una línea de continuidad entre el *Tractatus* y la citada conferencia. En la *Conferencia sobre ética*, Wittgenstein señala lo siguiente:

En lugar de decir que la ética es la investigación sobre lo bueno, podría haber dicho que la ética es la investigación sobre lo valioso o lo que realmente importa, o podría haber dicho que la ética es la investigación acerca del significado de la vida, o de aquello que hace que la vida merezca vivirse, o de la manera correcta de vivir. Creo que si tienen en consideración todas estas frases, se harán una idea aproximada de lo que se ocupa la ética. (Wittgenstein, 1989: 34-35).

La ética no solamente investiga acerca de lo bueno, sino del valor y del sentido de la vida; sin embargo, estos conceptos no pueden ser usados en un sentido cotidiano, con referencia al mundo de los hechos, ya que sus significados son más altos. Asimismo, estos conceptos solamente proporcionan una aproximación de lo que es la ética, pero no pueden decir lo que la ética es en verdad. Para Wittgenstein el objeto de la ética es la íntima experiencia que se tiene ante el *asombro de que el mundo existe*. Del mismo modo las experiencias de un bien absoluto —en oposición a un bien rela-

tivo—, y la de un valor absoluto —en oposición a un valor relativo—, son incapaces de dar el significado último de la ética pues toda experiencia es un hecho del mundo, y como tal, tiene un valor relativo.

Lo anterior muestra que la ética no es un hecho en el mundo, que todas las expresiones que se utilizan en el mundo se limitan a ser descripciones de hechos, y que al pensar que con tales expresiones se dice algo de la ética, en realidad se cae en el absurdo: “Me parece evidente que nada de lo que somos capaces de pensar o de decir puede constituir *el* objeto (la ética)” (Wittgenstein, 1989: 37). Entonces, la ética como la investigación de lo bueno, de lo valioso, del sentido de la vida, de lo que debe importar y de la manera correcta (virtuosa) de vivir, no son más que ideas directrices que dan una idea aproximada de la ética, pero al final resultan absurdas puesto que la única manera de pensarlas es desde las proposiciones acerca del mundo de los hechos. La ética trasciende a los hechos que la ciencia describe, así:

Nuestras palabras, usadas tal como lo hacemos en la ciencia, son recipientes capaces solamente de contener y transmitir significado y sentido, significado y sentido *naturales*. La ética, de ser algo, es sobrenatural y nuestras palabras sólo expresan hechos, del mismo modo que una taza de té sólo podrá contener el volumen de agua propio de una taza de té por más que se vierta un litro en ella. (Wittgenstein, 1989: 37).

De esta manera, la ética desborda el significado de las proposiciones científicas puesto que lo ético es inexpresable con las proposiciones del lenguaje científico-natural. Por este motivo no hay proposiciones acerca de la ética, pues las proposiciones que se formulan acerca de lo bueno son sinsentidos que débilmente posibilitan entrever lo que es la ética y el bien absoluto.

Sin embargo, lo interesante de la *Conferencia sobre ética* es que Wittgenstein ve en los sinsentidos, en los límites del lenguaje, intentos de mostrar lo inexpresable. Así, a consecuencia de los embistes del lenguaje hacia sí mismo, se vislumbra una especie de sentir respecto al ámbito de lo ético y lo místico. La *Conferencia sobre ética* finaliza con las siguientes palabras:

Mi único propósito —y creo que el de todos aquellos que han tratado alguna vez de escribir o hablar de ética o religión— es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría. (Wittgenstein, 1989: 43).

Así, la ética es un testimonio del espíritu humano que siempre se topa con los límites del lenguaje y de lo expresable; pero es precisamente en este toparse con los límites del lenguaje que la ética se *muestra* como testimonio de un anhelo a lo absolutamente bueno y valioso, en última instancia, el sentido de la vida.

Consideraciones finales

En el *Tractatus* y la *Conferencia sobre ética* es indudable que la preocupación filosófica y personal de Wittgenstein es lo ético, lo estético y lo místico. Esta postura en lo referente al primer Wittgenstein no esconde una falta de atención a los temas lógicos, ontológicos y epistemológicos que se tratan en el *Tractatus*; sino que posibilita ver en Wittgenstein la confluencia de dos tradiciones filosóficas —siguiendo a Franca D' Agostini— que se denominan: analíticas y continentales. Wittgenstein es un continuador de Frege, Russell y de Moore; pero también tiene influencias de Kant, Schopenhauer, Kierkegaard, Dostoievski y Tolstoi. De esta manera, leer al primer Wittgenstein exclusivamente desde la tradición analítica conlleva un sesgo cognitivo respecto a los problemas que íntimamente aquejaron el espíritu de Wittgenstein, a saber, la ética y el sentido de la vida. Del mismo modo, leer el *Tractatus* como expresión de un estilo aforístico que penetra en los senderos de la mística, sin atender los temas lógicos, resulta en una incompleta comprensión de la ética, la estética y la mística. Así, una lectura que parta de la línea ética sólo es correcta si sabe apreciar en su valor los temas lógicos, ontológicos y epistemológicos que se desarrollan en el *Tractatus*.

Ahora bien, en el *Tractatus* y en la *Conferencia sobre ética* el modo de abordar la ética se presenta en continuidad con argumentos que parten de lo inexpresable de la ética, es decir, de lo bueno; que por esta razón sólo se *muestra*, identificando así la ética, la estética y la mística. El *Tractatus* y la *Conferencia* conforman el primer Wittgenstein; por ello subyace la misma preocupación en ambos trabajos, a saber, interpelar aquello que por esencia está fuera de los límites del lenguaje, del mundo y el pensamiento. La ética y lo bueno no son hechos del mundo; lo bueno absoluto no se predica de ninguna de las partes del mundo. En definitiva, lo bueno radica en que el mundo exista, y en que la voluntad del yo se identifique con el mundo en su totalidad, es decir, que tenga como objeto la vida, el mundo.

Lo que se muestra, lo indecible, lo ético y lo bueno, el sentido último de la vida, son los temas que dan unidad y vinculan el *Tractatus* y la *Conferencia sobre ética*. Sin embargo, en la *Conferencia* se rectifica lo que en el *Tractatus* queda en el silencio, a saber, la ética en cuanto testimonio de una tendencia del espíritu humano. Así, la *Conferencia sobre ética* retoma los temas del *Tractatus* y clarifica la conclusión acerca del silencio. El silencio de la proposición 7 del *Tractatus* no significa resignarse a vivir en un mundo de hechos y proposiciones científicas, sino en saber que el mundo del sentido lógico no lo es todo puesto que lo que realmente importa está en los límites del lenguaje,

en los límites del mundo, en tanto una tendencia del espíritu humano a lo sublime, al sentido de la vida, a lo bueno.

Las tres preguntas que se formularon en la introducción de este trabajo se sintetizan en los problemas de interpretación de la proposición 6.54 del *Tractatus*:

Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella.) Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo. (Wittgenstein, 1987: 6.54).

Así, las proposiciones del *Tractatus* —a pesar de ser absurdas— son esclarecedoras; y todo aquel que entiende perfectamente el objetivo del *Tractatus*, debe abandonarlo para ver correctamente el mundo. A partir del sinsentido, paradójicamente, se muestra qué es el sentido, el cual queda reducido a las proposiciones de la ciencia. Ahora bien, ver correctamente el mundo implica delimitar el sentido, lo expresable con el lenguaje; a su vez, delimitar lo inexpressable, lo indecible, lo que se muestra. Así, se traza claramente el *cómo* del mundo —de lo que sí se puede hablar— y el *qué* sea el mundo —de lo que no se puede hablar. **¶**

Bibliografía:

SÁDABA, Javier (1984). *Lenguaje, Magia y Metafísica (El otro Wittgenstein)*. Ediciones libertarias.

TOMASINI BASSOLS, Alejandro (Coord.) (2012). *Wittgenstein en Español III*. Universidad Veracruzana.

WITTGENSTEIN, Ludwig 1921 (1987). *Tractatus logico-philosophicus*. Muñoz, Jacobo y Reguera, Isidoro (Trad.). Alianza Universidad.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1989). *Conferencia sobre ética*. Birulés, Fina (Trad.). Paidós / ICE-UAB.



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>